

Ministerio

Eduardo Blanco

“‘¡Todos vamos a morir!’ y ‘¡Es el fin!’”, gritaba la tripulación a medida que la nave se precipitaba a toda velocidad contra la superficie del planeta. Yo, tranquilo, les dije: ‘No será para tanto’. Fue entonces cuando todos me miraron como si me hubiera vuelto loco. Que ahora pueda escribir estas líneas revela que, al fin y al cabo, no andaba tan errado. Aunque debo añadir que fui el único superviviente.”

MOZANO DE TITÁN

Fundamentos teológicos de la Religión Minititánica.

Tras las enigmáticas desapariciones de los últimos tres ministros de la Salud Mental, el nuevo titular del cargo, convencido de que su mandato no iba a resultar tan efímero como el de sus inmediatos antecesores, se estrenaba en el puesto con una visita a las instalaciones ministeriales. El día anterior, como era habitual en las promociones del Estado, había recibido la comunicación del ascenso a través de una carta lacrada con matasellos del Ministerio de Promociones; aunque en este caso, el salto en la línea jerárquica era bastante inesperado. Yor Zurbe, como se llamaba el nuevo ministro, había ejercido, hasta ahora, de oficial archivero del Ministerio de Estadística, un puesto bastante modesto. Entre sus virtudes destacaban la organización y el orden, y de hecho le encantaba hacer recuentos e inventarios. Sospechaba que esta última virtud había resultado decisiva para que, de repente, le catapultaran a tan alto cargo.

Como era pleno mes de agosto, todo el mundo estaba de vacaciones lejos de la ciudad, incluidos sus padres, así que no se lo había podido contar a nadie. Ellos eran, en realidad, los únicos a los que se lo hubiera contado, ya que no tenía a nadie más en todo el Estado.

En la carta, se le emplazaba a realizar una visita rutinaria al Ministerio para ir habituándose a su nuevo lugar de trabajo. En el Ministerio de la Salud Mental no sólo se efectuaban tareas de carácter administrativo, sino que se ejecutaba la labor última a la que debía su existencia tan alta institución: velar por la salud mental de los ciudadanos. Así, en las inmensas instalaciones del Ministerio, joya de la arquitectura estatal y orgullo de la ciencia moderna, se encontraba el Centro General de Rehabilitación Mental y de Estudios de la Locura del Estado. Aunque no poseía ventanas, el aspecto de sus muros era amable gracias a los carteles que lo

decoraban con diversas campañas institucionales, todos ejecutados en vivos colores, ya que, se decía, lograban un efecto psicológico provechoso en el ciudadano. Proclamas como “Piense en positivo”, “Su equilibrio mental debe ser estable: no le dé más vueltas”, “Aunque todo le vaya mal, no se tire”, “Cuando le partan el corazón, no dude, avise a nuestros técnicos (en recuperación afectiva)”, “Manténgase alerta: tal vez esas voces que oye en su cabeza sólo sean las del vecino”, “No se complique la vida: $1 + 1 = 2$ ”, “La propia madre no debe ser objeto de deseo”, etc.

A pesar de lo precario del cargo en los últimos tiempos, Yor no tenía ningún temor a sufrir la suerte de sus antecesores. Nada se sabía sobre lo que les pudiera haber ocurrido, quizá porque era imposible investigar de un modo eficiente con el exiguuo personal del Ministerio del Interior, también mermado por los permisos de verano. Lo mismo pasaba con la gaceta estatal, La Voz del Estado, que tampoco se editaba durante el periodo estival. Todo estaba paralizado: de hecho, yendo al Ministerio bajo un sol abrasador, sólo se había topado con un grupo de perros famélicos y nerviosos, tal vez unidos transitoriamente para dar caza a alguna presa y aplacar el hambre. Lo tenían difícil: ni siquiera los pájaros se atrevían a salir con ese calor.

Por fin llegó el momento de entrar. El corazón latía acelerado en su pecho, así que, antes de acrecentar su ansiedad, atravesó la gran puerta sin pensarlo mucho.

Ya en el vestíbulo, descubrió con agrado que la directora del Centro salía a recibirle escoltada por dos celadores con uniformes blancos.

-Es para mi un inmenso honor poder enseñarle su nuevo hogar, señor Ministro -se dieron la mano-. Soy la directora del Centro General de Rehabilitación Mental y de Estudios de la Locura del Estado. Le va a gustar la visita: veremos sobre todo las zonas del centro psiquiátrico, porque ya se imagina cómo son las dependencias ministeriales... ya sabe, despachos y más despachos...

-Me parece perfecto, señora directora -aprobó el ministro-. Me resulta mucho más divertido ver locos que contemplar despachos vacíos.

-Tampoco se pase. Esto resulta cualquier cosa menos divertido, señor Ministro.

-En fin, quiero que me diga todo: número de internos en cada celda, número de celdas, cantidades de los presupuestos, estadísticas...

-Haré lo que pueda, señor Ministro -dijo la directora sacando una libreta de su bolsillo.

Pasaron a un patio interior adoquinado. Al otro lado había un edificio circular, el único con ventanas hasta el momento; en él se encontraban las dependencias ministeriales y el módulo de control. Desde ese edificio surgían, como aspas, las cuatro galerías de internos. El Ministerio era aún más grande de lo que aparentaba a simple vista, explicó la directora. Había miles de galerías y dependencias que se ocultaban en el subsuelo que, en principio, no estaban incluidas en la visita.

En la garita de entrada al módulo de control le prendieron una identificación en el pecho. “Sr. Ministro de la Salud Mental. Visita”, indicaba. Luego fueron hasta el distribuidor que daba a las cuatro galerías. A la izquierda, la galería uno. Entraron seguidos por los dos celadores.

De golpe, se hallaban en un inmenso corredor de unos veinte metros de ancho y de una longitud inabarcable con la vista, pues se perdía en el horizonte. A ambos lados había celdas de barrotes dando al pasillo central. En el techo abovedado, colgaban unos potentes focos que mitigaban la falta de luz natural. Las paredes en el fondo y en los laterales de las celdas eran de blanco sanitario, en realidad lo único que recordaba a un psiquiátrico; por lo demás, se podía decir que rea una especie de cárcel descomunal. Aunque lo peor era el hedor: en verano, y con tantos internos, el olor a humanidad era demasiado penetrante.

Aquí, por supuesto, no había vacaciones: las celdas estaban pobladas, aunque unas más que otras. Sin embargo, apenas había ruido; la mayoría de los internos vagaban con la mirada perdida y sólo unos pocos hablaban entre sí en voz baja. Resultaba bastante extraño.

-La comida y el agua están debidamente aderezados con sedantes, señor Ministro –aclaró la directora-. La galería Uno la componen aquellos que denominamos “reencarnados”. Aquí los hay reales e imaginarios. Los reales, que están en las celdas de la izquierda, dicen ser la resurrección de personajes históricos fallecidos: sin duda reconocerá unos cuantos.

En efecto, el ministro no pudo evitar soltar una carcajada al reconocer la egregia figura que creían ser los quince internos de la primera celda. Sentados en sus camastros como si fueran grotescos tronos, con sus camisones remendados como si fueran la túnica dorada de Bristed, y coronados con tiaras imperiales de papel, los desequilibrados se creían el emperador Lemonidas III, gran conquistador de las mesetas marcianas y de las cordilleras de Mercurio. Una patética caricatura del mayor héroe que hayan conocido los tiempos.

-¡Qué bueno! -exclamó el ministro a carcajadas.

-Sea más comedido, señor Ministro, que lo que más irrita a un emperador es que un plebeyo haga mofa de él -advirtió la directora mientras rebuscaba entre las hojas de su libreta-. Aquí lo tengo: treinta y ocho lemonidas tercero.

En la celda siguiente, a pesar de ser tan grande como la anterior, sólo había un interno. Semidesnudo y con una larguísima barba, creía ser Mozano de Titán, el ermitaño que fundó la religión minititánica en la famosa luna de Saturno. El hecho de que contara con un único reencarnado obedecía al escaso eco que obtuvo la nueva religión.

En las celdas del lado izquierdo se sucedían héroes y personajes históricos de la era de las colonizaciones interplanetarias: cinco se hacían pasar por M. R. Grasso, el valeroso explorador de Urano; veinticuatro, por Antonio Quintanilla, fundador de la República Latina del Trópico de Mercurio (también conocida como pequeña Han Bana); diez decían ser Julius, el cantante melódico que enamoró a todo el sistema solar; y treinta y tres pacientes, con sus válvulas de cartón y latas de comida en los brazos, se hacían pasar por Robotaco AJ-46, el androide esclavo que inició la rebelión antihumana de las inteligencias artificiales (hecho que originó las tres guerras maquinistas que casi terminan con cualquier rastro de vida humana en el Sistema Solar).

El ministro veía la visita como una especie de libro de Historia con ilustraciones grotescas. Así, las siguientes celdas estaban dedicadas a los siglos de oscuridad que siguieron a las guerras maquinistas: cuarenta paul lucios, apóstol del neopostantimecanicismo y de la vida natural; ya en las celdas femeninas, seis bonulina faris, poetisa esperantista de la bondad antropocéntrica y

antineofuturista; veinte noelia gramps, promotora del éxodo y retorno de los colonos a la madre tierra; y por supuesto, la celda más grande, con seiscientos veintiocho kelonida vianos, fundadora de la República de la Tierra y sus cuarenta estados (con sus respectivos cien ministerios), la impulsora del mundo moderno.

-Intuyo que se divierte mucho, señor Ministro -dijo la directora-, pero nuestra visita puede ser eterna si lo vemos todo. Volvamos a la entrada por la derecha, si le parece bien... -el ministro asintió con un leve movimiento de cabeza-. A este lado se encuentran las celdas de los reencarnados imaginarios. Dicen ser personajes fallecidos que jamás han existido.

El ministro se acercó a una de las celdas para admirar una asombrosa coreografía: unos pacientes, de pie y con gorras de papel pintadas de negro, extendían sus sábanas recortadas por encima de otro paciente que, a cuatro patas, bramaba como un animal furioso.

-Los que están de pie dicen ser “toreros” -aclaró la directora-. Son una especie de domadores de vacas y toros...

-¿Toreros? -dijo el ministro entre admirado y divertido.

-Eso dicen. Son toreros fallecidos. Ese de ahí denomina a lo que hace “doble verónica” y afirma ser un tal Joselito el Gallo, y ese de ahí tan pensativo, Belmonte. También hay un guerrita, tres paquirris y siete sánchez mejías. El que está a cuatro patas es un toro. Se llama Bailador. También está muerto. Hay más, como Islero, Granaíno, Perdiguero o Avispado, pero no saldrán hasta que acaben con este, aunque a veces gana el toro. Durante un tiempo encerramos a los animales aparte, por eso del olor, pero fue un desastre. Se necesitan. Tuvimos que reagruparles...

-Sí que es curioso, sí...

-Los de aquí -dijo la directora guiándole hasta otra celda- padecen atroces delirios de grandeza. Unos se creen profetas; otros dicen ser dioses. Casi nada... Esos de ahí, en concreto, son particularmente complicados -señaló un grupo de individuos vistiendo sábanas como si fueran túnicas-. Se creen un tal Jesucristo. Tenemos setenta y dos. Afirman haber resucitado por partida doble y que son tres personas a la vez, un lío, que si dios padre, hijo y no sé qué más, que si son

eternos... ni ellos se ponen de acuerdo, porque dicen que sólo hay un dios auténtico... Se llevan fatal con esos cincuenta mahomas y esos cuatro alás... bueno, y con esos dieciocho budas, trece confucios, doce charles mansons, treinta y tres karmas en armonía y un jugador de rugby que murió en una melé y al que no sabíamos donde meter... el que menos molesta, por cierto.

La celda posterior estaba dedicada a un imperio imaginario al que denominaban “romano”. Un único julio César rehuía los malos modos de cinco brutos, aunque no se llevaba mucho mejor con los veintiocho marco antonios. Todos suspiraban por las seis cleopatras de la celda contigua. Más adelante había más personajes estafalarios: gengis khanes (14), vírgenes maría (72), cervantes (9), hitlers (21), quijotes (35), ana bolenas (7), colones (56), josefinas (186), etc. Al nuevo ministro le resultaron especialmente divertidos unos que se dedicaban a pintar lienzos invisibles con pinceles del mismo material intangible.

-Dicen ser pintores famosos y fallecidos, pero nadie ha oído jamás hablar de ellos. Entre otros, tenemos un velázquez, veinte leonardos, un manet y dos picassos.

-¡Ni el Prado tiene tanto! -masculló entre dientes uno de los picassos.

-¡Qué locura tan pintoresca! -exclamó el ministro-. Aunque me extraña que tanta gente comparta un mal tan atípico. ¿No serán tal vez pintores desconocidos? Y los de antes, ¿no podrían ser personajes históricos de los tiempos oscuros anteriores a las colonizaciones interplanetarias?

-Esa posibilidad -dijo la directora con una amable sonrisa- fue considerada en su momento por los técnicos del Ministerio de Historia, Arte y Acontecimientos, que la rechazaron de plano. Son inventados, se lo aseguro... Por cierto, es hora de ir a la galería dos.

La galería dos se trataba de la ampliación (por motivos de espacio) de la galería uno. Aquí todos decían ser el mismo personaje imaginario reencarnado: un tal Napoleón Bonaparte. Contaban con unos siete mil. Todos introducían los dedos de la mano derecha entre los botones del camisón, a la altura del pecho, dejando el pulgar fuera, y la mano izquierda quedaba atrás, a la espalda. Muchos se habían hecho un sombrero triangular con las hojas de La Voz del Estado.

-El mal de Napoleón -explicaba la directora- es la enfermedad psíquica más asombrosa de todas. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, aunque en los últimos años los brotes han sido especialmente virulentos. Consiste, básicamente, en creerse Napoleón Bonaparte, emperador de una tal Francia. En cada celda hay un tipo de Napoleón. Así, tenemos Napoleón cónsul, Napoleón en Waterloo, Napoleón en Santa Elena (estos, además de su mal, arrastran un agudo cuadro depresivo), Napoleón en Egipto, Napoleón de maniobras, Napoleón buscando a Josefina, Napoleón con acento corso, Napoleón en Rusia... ¿sigo? Tal coincidencia de individuos en una misma y rebuscada paranoia sólo indica que se trata de un mal extremadamente contagioso. Así que nos saltaremos este tramo de la visita para evitar males mayores... ya sólo nos falta perder otro ministro... y encima coronado emperador... -la directora se echó a reír-

-Le agradezco que mire por mi salud. Vayamos a la galería tres... -sugirió el ministro-

La galería tres era el sector infantil del Psiquiátrico. Allí no había niños Napoleón, ni niños Robotaco AJ-46. Sólo críos mudos, ausentes y estáticos como las estatuas que adornaban las avenidas de la ciudad. El contraste entre ese silencio y el bullicio que se les suponía era aterrador. Ninguno de los niños alzaba la vista al paso del séquito. El ministro estaba aterrado.

-¿Por qué están todos tan quietos? ¿Por qué no juegan? -preguntó el ministro.

-Aquí las dosis de tranquilizantes son, evidentemente, el triple de altas que en las demás galerías. Si no, estos niños serían intratables. Y están aquí para que los tratemos -se justificó la directora.

-Pero... ¿qué clase de mal sufren?

-Bueno... les aqueja una pena melancólica, aunque es extraño, porque son demasiado jóvenes como para echar nada de menos... Una lástima, pero el estado necesita niños sanos...

El ministro permaneció unos instantes en silencio. Debía haber alguna razón de peso para que los doctores fueran tan severos con los críos. Aunque no creía que fuera tan poderosa como para hacer que se quedara cruzado de brazos. Al fin habló:

-Durante mi mandato creo que va a haber ciertos cambios, me temo. ¿Podríamos visitar la galería cuatro?

-Cómo no, señor Ministro. Usted manda.

En la galería cuatro se alojaban los pacientes crónicos sin ningún tipo de solución.

-Aquí hay de todo -aclaró la ministra-. Algunos son tan violentos que ni siquiera los sedantes más potentes logran aplacarles. Usamos una terapia adicional basada en electroshock. Cuando apruebe el presupuesto ministerial hallará que la factura de la luz es un tanto elevada...

-Todo sea por una buena causa -afirmó el ministro recuperando el buen humor-. Aunque no estaría de más recortar ciertos gastos...

La directora, asintiendo, se acercó a la primera celda a la izquierda.

-Aquí tenemos ciento veintiséis individuos con desdoblamiento de personalidad, que multiplicados hacen un total de doscientos cincuenta y dos casos. En las celdas siguientes nos encontramos con botarates, lunáticos, simples y sencillos, algún que otro ingenuo, un tipo con migrañas, zoquetes, soñadores, reumáticos y ese de ahí que dobla los barrotes hace un número de escapismo, y es muy bueno, porque logró fugarse del circo. Aquí también se escapa más de lo normal...

-En ese caso, enciérrele más que a nadie... -ordenó el ministro.

-Allí está la mujer barbuda con sus dos caniches acróbatas. Por lo visto también huyó del circo aprovechando el túnel excavado por el escapista.

-¡Perritos acróbatas! -exclamó el ministro ilusionado como un niño fuera del Ministerio-. ¿Puedo ver el número?

-Cómo no, señor Ministro... aquí es usted el amo...

Disfrutó durante un buen rato con el número de los caniches acróbatas, capaces de saltar sobre una sola pata, hacer girar un aro con la otra y sostener una pelota en el hocico al mismo tiempo. Más tarde conoció a otros fugitivos del circo (por lo visto se trató de una huida masiva): el tragafuegos, el mago chiflado, las equilibristas siamesas, el domador de tortugas... una

adivinatora gitana le leyó las líneas de la mano a través de los barrotes, aunque sin demasiado acierto (le dijo que estaba casado y con tres hijos...). También le aventuró un futuro lleno de felicidad tras un largo sufrimiento. Eso sería en el futuro, pensó, pero en el presente todo era diversión.

Mientras charlaba con un mimo, se percató de que ya no estaba acompañado por la directora y los dos celadores, como hasta ahora. Se habían desvanecido como por arte de magia, y de hecho lanzó una mirada acusadora al mago chiflado, capaz de eso y de cosas peores. Se habrían ido por alguna buena razón, así que supuso que pronto volverían. Se sentó en un banco a esperar. Tenía justo enfrente a una mujer con la cara incrustada entre dos barrotes: no le quitaba ojo. Su cuerpo y su cara estaban tatuados como si estuvieran cubiertos de escamas; debía ser la mujer serpiente. El ministro sonrió, pero ella no le volvió la sonrisa. Permanecía inerte, sin pestañear en ningún momento.

Un celador pasó de largo entre medias de los dos.

-¡Eh, tú! -la mujer serpiente salió de su letargo para llamar al celador-. Se te ha escapado uno.

El celador se detuvo, dio tres pasos hacia la mujer serpiente, que señaló al ministro con la lengua bífida. El celador se dio la vuelta y le observó extrañado.

-¿Tú qué haces ahí? -preguntó el celador con cara de pocos amigos.

-Estoy esperando a la señora directora...- respondió el ministro sintiéndose algo intimidado.

-¡Ah...! -exclamó el celador haciendo como si por fin entendiera algo -. ¿Y por qué?

-Soy el nuevo ministro de la Salud Mental. Mire, aquí lo pone... -el ministro trató de enseñarle la acreditación que llevaba prendida en el pecho, pero allí no había nada-. O más bien lo ponía... creo que he perdido mi... -y se puso a buscar por todos los bolsillos de su traje-.

-Ministro nada menos -el celador empezó a acercarse con sigilo-. Ah, qué bien, ¿no?

-Sí. Soy el nuevo ministro. No entiendo, he debido de perder mi... o me han robado...

-Una lástima. Aunque quizá te pueda ayudar a recuperar... -el celador sacó una porra metálica de la manga de su uniforme- ...la razón.

El ministro miró alrededor en busca de socorro. Sólo encontró la sonrisa de satisfacción de su delatora, la mujer serpiente.

Fue lo último que vio.

-Podría haber sido peor...

-Ese celador se suele cebar...

-Hasta ha tenido suerte y todo...

El ministro entreabrió los ojos. Trataba de averiguar quienes eran los dueños de esas voces, pero tan sólo contempló caras donde no debía haber caras: en el techo. Cerró los ojos. Comprendió que estaba tumbado y que, afortunadamente, las caras no estaban en el techo, sino algo más abajo. Casi no podía pensar: la cabeza le dolía demasiado.

-Parece que ya despierta...

-¿Estás bien?

-¿Sabes donde estás?

Al creer que no tenía fuerza para articular palabra, decidió negar con la cabeza. Mala idea: el dolor fue espantoso.

-Le han dado poco pero bien...

-¿Sabes quién eres?

El ministro tragó saliva. Los pensamientos se arrastraban pesados por su mente, aunque se acercaban poco a poco a su objetivo: recordar. Sus labios se entreabrieron con torpeza.

-Soy... el ministro... de... la salud... mental...

Las tres caras se miraron burlonas entre sí. Una de ellas volvió la vista abajo y dijo:

-Nosotros somos los ministros de la Salud Mental.

Con el paso de las horas, el ministro fue ubicando las ideas en su mente maltrecha. Primera conclusión: estaba encerrado en una celda junto a los tres ministros desaparecidos, por lo que, contándose a sí mismo, ya eran cuatro los ministros desaparecidos. Esta idea, por estúpido que parezca, le pareció divertida.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó uno de los ministros desaparecidos.

-Yor Zurbe -respondió el ministro.

-Encantado, Yor. Mi nombre es Une. Te voy a dar un par de reglas de convivencia. Debemos llamarnos por nuestros nombres... aquí todos somos ministros, y si no es un lío... Otra más: está prohibido decir eso de “soy el auténtico ministro”. No. Todos somos ministros.

-Unos más que otros -dijo otro ministro por detrás.

-Ese es Mog. No le hagas caso. Como desapareció el primero se cree más auténtico que los demás...

-Malditos intrusos advenedizos... -masculló Mog.

-Le siguió Prato... -dijo Une, señalando a un tipo acurrucado en un rincón de la celda, y añadió bajando la voz- Que quede entre nosotros, pero a Prato no le ha venido nada mal que le encierren. Está un poco desquiciado...

-Te estoy oyendo... -dijo Prato desde su rincón.

-Estará loco, pero menudo oído tiene el muy... -susurró Une-. Yo he sido el último en llegar. Se nota, ¿no? Más cosas: debes comer y beber lo menos posible; nos drogan.

-Ya me lo dijo la directora -dijo Yor.

-¿Directora? -Une le miro extrañado-. Vaya. La semana pasada era director...

-Debo hablar con ella para que nos saque de aquí -afirmó Yor preocupado.

Prato, en su rincón, se echó a reír.

-Va a resultar complicado, compañero ministro -dijo Mog-. ¿Sabes donde estamos? En la galería cuatro, la galería de casos crónicos. Nuestro mal es creernos ministros de la Salud Mental. No tenemos cura. Los de la celda de enfrente se creen ministros de la policía interior. A nuestra

izquierda están los primeros ministros. Y cuatro celdas más allá, los que se creen directores del Centro General de Rehabilitación Mental y de Estudios de la Locura... quizá tu directora esté allí.

Yor no sabía qué decir. Comenzaba a entender lo difícil de su situación.

-Pero... habrá algún modo de arreglar este error -dijo Yor-. Y de salir de aquí...

-En esas estamos -intervino Mog-. Somos miembros legítimos del Estado, algo que no debemos olvidar en ninguna circunstancia. Hemos logrado reorganizar el gobierno aquí dentro para cuando regresemos. Si antes no nos han aniquilado los tipos de la máscara azul...

-¿Los tipos de la máscara azul? -preguntó Yor.

Todos permanecieron en silencio y se miraron entre sí, temerosos.

-Así que te apellidas Zurbe -dijo una voz bronca procedente de la celda de la izquierda.

Como las celdas estaban separadas entre sí por un muro, Yor no podía ver quien le hablaba.

-Ten cuidado con ese -advirtió Prato-. Es de la celda de los primeros ministros. Cuenta cosas muy raras.

-Sí, me llamo Yor Zurbe -dijo alzando la voz.

-Todo tiene una lógica -sentenció la voz-. Todo. Estás al final de la lista... una lista con un orden alfabético. Con un poco de suerte lo veras.

-¿Ver el qué? -dijo Yor.

-El nuevo mundo -contestó la voz con amargura-. El nuevo mundo...

Prato puso el dedo índice en su sien y comenzó a girarlo.

-¿Quiénes son los hombres de la máscara azul? -preguntó Yor. Nadie le respondió.

No tardó en descubrirlo por si mismo: durante la simulación de noche (los celadores se limitaban a apagar las luces, ya que no entraba luz del exterior), en la que no pudo pegar ojo, les vio pasar por delante de la celda. Eran dos, con batas negras y máscaras y gorros de color azul. A la ida, fueron ligeros, sin carga; a la vuelta, sin embargo, acarrearón un interno, seguramente narcotizado, pues arrastraba las piernas, inertes, por todo el suelo de la galería. Aunque, por la expresión de horror en su cara, permaneció consciente.

Esa noche se repitió el mismo procedimiento en seis ocasiones y nadie, en ninguna celda, se inmutó. Era lo habitual: reinaba el silencio en las noches artificiales. Tan sólo durante la primera media hora se podía escuchar algún sollozo apaciguado bajo las sábanas. Yor trataba de calcular la duración de las noches: nunca más de cinco horas. Pero, a veces, alguna no llegaba a superar la media hora, o al menos él las percibía así de breves. Lo mismo ocurría con los días de luz artificial: su duración era aleatoria, aunque sospechaba que nada casual. No podía entender en qué podía ayudar a los internos tal capricho temporal. Más bien ahondaba en su deterioro anímico y físico, lo que no tenía mucha razón de ser en un sanatorio mental.

Cuando las luces se encendían, los celadores servían la comida en unos cubos metálicos que dejaban a la entrada de las celdas. A falta de cubiertos, los internos se las apañaban con las manos lo que, unido al gusto bastante desagradable de los guisos y sus propiedades narcóticas, provocaba que la mayoría tratara de comer lo menos posible, a pesar de que el hambre empezara a apretar y las fuerzas a flaquear. Aunque otros, bajo los efectos de los balsámicos de la droga, pasaban los mejores momentos del día después de la comida. Yor se dejó llevar en alguna ocasión, más que nada por el hambre, pero al apagarse las luces, con mayor claridad mental, se había arrepentido de su debilidad, pues resultaba vital mantenerse activo y despierto en espera de acontecimientos. Prato, en cambio, era de los que preferían vivir bajo el efecto de los sedantes.

Los días se sucedían, aburridos, hasta que se produjo un consejo de ministros del Gobierno en el Exilio (así se denominaban), el primero al que asistía Yor. Los cuatro ministros de la Salud Mental se reunieron en comité con el fin de unificar criterios de cara al gran consejo. La mayor aportación del Ministerio de la Salud Mental a la asamblea, celebrada a voces por la galería con los rostros de los ministros pegados a los barrotes, fue una directiva nutricional: la proporción de comida diaria ingerida no debía ser superior al 0,3 por ciento de la masa corporal del individuo, pues más allá de esa cantidad los sedantes provocaban “apatía, somnolencia, letargo y raptos ficticios de felicidad”. Uno de los ministros, Prato, realizó una enmienda al texto definitivo al

considerar que el término “felicidad ficticia” no tenía por qué poseer connotaciones negativas, aunque la enmienda fue rechazada por ciento dos votos en contra y cincuenta a favor.

Por fin, tras cinco largas horas de discusión, uno de los primeros ministros leyó solemnemente las resoluciones finales del consejo ministerial: protesta formal a sus captores por la vulneración de buena parte de sus derechos fundamentales; condena sin paliativos a los secuestrados que, con alevosía y nocturnidad, sufrían los encerrados; y desarrollo de una plataforma con el fin de negociar con los captores, al no prosperar la creación de un comité de fugas. El consejo quedó disuelto con el repentino apagado de luces, justo cuando se intentaba llegar a un acuerdo para fijar la próxima fecha de reunión. Yor, tras este primer consejo, tuvo muy claro que estos juegos gubernamentales no conducían a ninguna parte.

Aquella misma noche pudo comprobar en su propia celda cómo actuaban los hombres de la máscara azul: desde fuera, disparaban a su víctima una carga paralizante que la dejaba inmóvil aunque consciente. Luego entraban, arrastraban el cuerpo y se lo llevaban por la galería. En total, no tardaban más de veinte segundos.

Paralizado por un pánico irracional, indefenso al comprobar como invadían impunemente su celda, Yor apenas respiró cuando se llevaron a Mog, el veterano. Acurrucado en su camastro, lo vio todo desde una posición tal vez demasiado privilegiada. No hizo nada por evitarlo. Nunca antes, en toda su vida, había sentido tanto miedo.

Ahora entendía por qué nadie quería hablar de los hombres de la máscara azul.

Con el paso del tiempo las celdas se iban quedando poco a poco deshabitadas, sin nadie que supliera a los secuestrados. Yor se percató de que su estancia en el Ministerio podía resultar bastante larga; ya casi no se lamentaba por su mala suerte, y ni siquiera le daba vueltas a la pérdida de la acreditación. Sólo quedaba adaptarse a las circunstancias, y estas, con el hambre, la falta de higiene, el calor y el encierro, no podían ser peores. O al menos, eso era lo que creía.

A pesar de todo, aún no había perdido la esperanza de que la directora se dignara a mediar para su liberación, y de hecho, en su mente, ella no cesaba de pedirle disculpas por tan gran error.

También le gustaba creer que tal vez los hombres de la máscara azul se limitaban a rescatar a los reclusos que habían sido encerrados de un modo injusto. Sin embargo, prefería no volver a verlos, aunque sólo fuera por el inmenso horror que desprendían.

El resto de internos compartía ese mismo horror y, por fin, se creó un comité de fugas cuya primera decisión fue, a falta de un buen plan, ordenar la resistencia activa durante las visitas nocturnas. No había una táctica definida: cada celda debía resistirse como buenamente pudiera. Sin embargo, ni Une ni Yor hicieron nada para evitar que en la siguiente visita nocturna se llevaran a Prato. Le sacaron a rastras y, una vez cerrada la celda, Yor miró de reojo a Une: los dos estaban despiertos, pero se hicieron los dormidos. A la mañana siguiente, actuaron como si nada hubiera ocurrido, y ni si quiera llegaron a mencionar el incidente. Aunque algo había cambiado: a partir de esa noche, Une se dejó llevar. Comía todo lo que le venía en gana y pasaba las horas muertas tumbado en su camastro, mirando el techo adormilado, sin decir nada. Yor sentía vergüenza por su cobardía, pero en su situación, hambriento y desesperado, la vergüenza era un mal menor.

Los días iban pasando y nada cambiaba: se hizo un último consejo de ministros. En él se comunicó que el número de miembros del Gobierno en el Exilio se había reducido en un setenta por ciento en últimos dos meses. Se guardó un minuto de silencio por los desaparecidos y se redactó una nota pública de repulsa a las acciones de sus captores. El Consejo dio prioridad a la supervivencia individual, por encima de la colectiva, debido a que esta última se antojaba imposible. Cada uno iría por su cuenta y, si alguna vez se encontraban fuera, se tomarían unos vinos frescos para recordar los tiempos de encierro como viejos camaradas. El Gobierno en el Exilio llegó a su fin declarando su disolución. Yor pensaba que nadie lo echaría de menos.

Dio la casualidad de que, casi al mismo tiempo, comenzó el abandono progresivo de las tareas diurnas por parte de los captores. Así, los celadores ya no pasaban por la “mañana” con sus cubos de comida, como antes, sino que aparecían cuando les venía en gana, es decir, en pocas

ocasiones, y hasta la comida era peor y más escasa. Y lástima de la celda en la que, por ejemplo, se atascara una letrina, porque nadie venía a repararla.

Lo que no había disminuido era la actividad nocturna: las celdas de enfrente se habían quedado vacías y, aún peor, una mañana Yor descubrió que ya era el único inquilino de la suya. A Unes lo habían llevado en mitad de la noche, pero en esta ocasión Yor no se había enterado. Mejor así, pensó. A pesar de que casi ya no hablaban, lo sintió mucho.

Ahora daba comienzo la auténtica soledad, porque hasta ese momento había tenido la esperanza, obsesiva y remota, de ser liberado por la directora, pero ahora miraba alrededor y sólo veía devastación, ruina y soledad. Estaba solo, absolutamente solo.

-No estás solo... aún -dijo una voz. Era el tipo de la celda de los primeros ministros; hacía mucho tiempo que no se le oía decir nada. Debía haber oído a Yor pensando en voz alta, como los locos. Menuda paradoja: ahora sí tenían una buena razón para mantenerle encerrado.

-Mañana estarás solo -dijo la voz-. El próximo seré yo.

Yor recelaba del tipo de la otra celda. Según le habían contado, siempre había permanecido al margen de las reuniones del Consejo de Ministros o de cualquier actividad gubernamental. Fue por libre desde el principio y por lo visto actuaba con cierto aire de superioridad, como si supiera más que el resto.

-¿Y tú cómo lo sabes? -preguntó Yor con indiferencia.

-Ya te dije que todo tiene un orden, y ahora ha llegado mi turno. Me llamo Roman Zar, “ex” -recalcó la voz- primer ministro del Estado. Zar. Zeta, como tú. Debemos quedar muy pocos en las galerías.

Yor empezó a recordar. Roman Zar. Claro que le conocía. Todo el mundo le conocía. Su nombre apareció en los cupones de compra y en documentos oficiales durante un tiempo. Estaba prohibido mostrar el rostro de los dirigentes en la Voz del Estado, para no fomentar el culto a la persona y Yor, como cualquier ciudadano, jamás había visto la cara de los dirigentes reproducida en ningún sitio. Aunque sí había conocido a Roman Zar en persona, hará un par de años, en una

visita protocolaria de los miembros del gobierno al Ministerio de Estadística: entonces era primer ministro. Su aspecto era elegante, tanto por el traje y el sombrero cubriendo su cabello pelirrojo como por sus exquisitas maneras. Era un tipo alto, seguro de sí mismo. No le oyó hablar.

-Estás loco. Yo conocí a Roman Zar, y no puedes ser tú.

-Ahí ha acertado... soy lo que queda de Roman Zar. Me darías la razón si pudieras verme...

-afirmó soltando una risita amarga-. Y acepto, en parte, lo de loco: esta situación enloquecería a cualquiera. Pero si yo soy un loco, tú eres un idiota. Has sido la última persona que se ha movido libre por la ciudad, porque no había nadie más, nos estaban encerrando, y tú ahí fuera, solo, sin enterarte de nada.

Yor se sintió dolido, más que nada porque tenía razón: recordaba las calles vacías, el Ministerio de Estadística desierto, su bloque deshabitado, los paseos nocturnos sin nadie con quien cruzar la mirada, la soledad de los parques...

-Yor, ni yo soy un loco ni tú eres un idiota -dijo la voz-. Soy Roman Zar, no miento, y como a la mentira se la combate con la verdad, te voy a dar mi bien más preciado: la verdad de todo lo que nos está ocurriendo. Mi tiempo se acaba, y la verdad ha de sobrevivir en ti. Más gente la conocen, pero son nuestros enemigos, Yor, ellos callarán. Sólo te pido dos cosas antes de contártelo todo: que no olvides nada de lo que te voy a decir y que, por favor, trates de conservar la vida el mayor tiempo posible para, algún día, revelárselo al mundo. ¿Lo harás?

Yor no se lo pensó mucho. No había nada mejor que hacer. Le escucharía.

-Lo haré.

Durante unos segundos sólo se oyó la respiración profunda del hombre que decía ser Roman Zar. Yor esperaba sin ansiedad. Por fin habló:

-Hace poco más de un año llegó un informe técnico al Ministerio de Gobernación del cual yo era responsable. Ese informe provenía del Ministerio de Dinámicas Históricas, cuyos técnicos, hasta ese momento, habían tenido muy poco peso en el gabinete. Todo cambió a partir de las trascendentales revelaciones del informe: en él se sostenía, sin ningún tipo de duda, que la

civilización, tal y como la conocemos, iba a derrumbarse en menos de quince años. Todo a causa de los principios antitecnológicos y antimecanicistas, en los que se basa nuestro Estado, nuestra religión y nuestro pensamiento. Era un axioma ineludible: para que una sociedad progrese es necesario que se produzcan avances tecnológicos, y dar de lado a la ciencia sólo conduce sin remisión a la oscuridad y a la barbarie. Por si fuera poco, nuestros científicos habían realizado grandes avances teóricos, en especial en el campo de la neurología, pero no podían llevarlos a la práctica por la prohibición de desarrollar tecnologías mecánicas. Es decir, teníamos el poder, pero no podíamos ejercerlo; tal contrasentido nos llevaría a la destrucción en poco tiempo. El gabinete ponderó distintas soluciones, como volver a las tecnologías lentamente, suprimiendo los principios antimecanicistas del estado, pero los técnicos del Ministerio de Dinámicas Históricas auguraron un rechazo radical de la población, a la que durante décadas habíamos educado en el odio a la máquina. Según ellos, todas nuestras soluciones desembocarían en revoluciones, en guerras y en la mayor de las hecatombes. Pero al gabinete le preocupaba, ante todo, perder el poder, y ese temor provocó que poco a poco cediéramos el mando a los técnicos del Ministerio de Dinámicas Históricas, que habían desarrollado un plan infalible para que el cambio fuera mucho más... imperceptible. Ahora estoy seguro de que sus vaticinios apocalípticos eran burdas mentiras para poner en marcha su plan.

-¿Qué plan? ¿El exterminio? -preguntó Yor, mucho más interesado que antes.

-No. Su plan es el olvido. Este Ministerio es una inmensa fábrica de olvido. Está debajo de nosotros, en los sótanos. Ahí están las primeras nuevas máquinas surgidas de los avances en la ciencia neurológica. Hay millares de ellas. Producen una especie de hipnosis, borran recuerdos, introducen otros nuevos. Cuando nos retiran por la noche no vamos a la muerte; vamos al olvido. Cuando ese plan delirante se puso en marcha, una parte del gobierno, entre la que me incluyo, trató de detenerlo. Pero ya era demasiado tarde: nos encerraron. Ahora lo controlan todo. Su objetivo es construir un nuevo mundo a partir de cero, a su antojo y voluntad. Desconozco que están haciendo ahí fuera, pero sé lo que están haciendo aquí dentro: encerrarnos y prepararnos

para el nuevo mundo, destruyendo el pasado y construyendo nuevas personalidades. Por eso, Yor, no debes olvidar, porque miles y miles de años de civilización, de arte, de vidas, de Historia, de Humanidad... van a perdurar sólo en tu mente. Al menos hasta que te llegue la hora...

Los dos guardaron silencio. Yor no sabía qué decir ni qué pensar. Era una explicación descabellada pero, al ser la única que había recibido hasta el momento, dolorosamente verosímil. Y no era mucho más absurda que la situación en la que él mismo se encontraba.

-¿Estás ahí, Yor? -preguntó la voz.

-Sí.

-Te voy a pedir un último favor, un favor personal. Dices que una vez me viste. Muy bien. Quiero que recuerdes mi cara. Y recuerda también este nombre: Ava Lin. Si algún día, ahí fuera, te cruzas conmigo, y aún no te han borrado los recuerdos, por favor, dímelo: Ava Lin. Aunque yo sea otra persona y ya no me acuerde de ella... ¿Me lo dirás, Yor?

Las luces se apagaron y comenzó la noche. Los hombres de la máscara azul no tardaron en visitar la celda de al lado. Apenas hicieron ruido. Pasaron por delante de Yor arrastrando a un hombre pelirrojo, alto y demacrado.

La mirada de Roman Zar se clavó durante unos instantes en la de Yor, y sus labios se movieron sin emitir sonido alguno. Yor pudo entender lo que decía.

“Ava Lin”.

Yor se recostó en su camastro. A pesar del calor, se acurrucó con todas sus fuerzas, como si estuviera muerto de frío. Era miedo.

Durante los días siguientes apenas ocurrió nada: vio pasar a los hombres de la máscara azul en un par de ocasiones y recibió comida por última vez.

No se oía nada en toda la galería; estaba solo.

Pensaba para matar el tiempo, pero siempre lo hacía de una manera obsesiva sobre un mismo asunto: la comida. Hacía esfuerzos por centrarse en otras ideas, en la fuga, en los sótanos

del Ministerio, e incluso se imaginaba en la playa, disfrutando de las vacaciones que ya estaban llegando a su fin porque comenzaba a hacer frío. Pero era imposible escapar: la comida, elaborada de los modos más diversos, siempre retornaba omnipresente.

Los celadores habían desaparecido. Yor esperaba que fuera algo momentáneo: prefería sufrir una visita nocturna con final misterioso antes que morir de hambre encerrado en esa celda. De momento se apañaba bebiendo agua de la letrina. Resultaba desagradable pero aplacaba la sed. También recordaba de la promesa que le hizo a Roman Zar: debía luchar por sobrevivir... eso le animaba a resistir, aunque no siempre.

Un día comenzaron las explosiones. Al principio llegó a pensar que era una tormenta que nunca dejaba de acercarse, pero las detonaciones se escuchaban a todas horas, hasta que se fueron sintiendo cada vez más cercanas, aunque era incapaz de identificarlas: tal vez una guerra, o quizá la destrucción final de la civilización. A menudo, el suelo temblaba y las paredes parecían a punto de desmoronarse. Pero eso era lo de menos: lo peor era el hambre.

Yor había enfermado: sufría fiebres atroces y deliraba entre sudores y frío. En sus delirios sus padres le traían dulces mientras la directora le aplicaba paños calientes en la frente. Pero, a ratos, volvía a la triste realidad: su celda oscura (ya no funcionaba la luz artificial) y fría, el hambre, la enfermedad. Cubierto bajo montones de sábanas, esperaba con ansia el final.

En uno de los pocos momentos de serenidad, escuchó un sonido terrible, agudo y chirriante, como de una sirena que retumbara en el interior de su cráneo. Dolía. Con esfuerzo, abrió un hueco entre las sábanas para entrever lo que ocurría fuera: luces de linterna, hombres corriendo (los hombres de la máscara azul, ahora sólo con sus batas negras y las caras asustadas, vulgares, casi ridículas, al descubierto), prisas, gritos... intentó pedir ayuda pero ningún sonido brotó de su boca. La luz de una linterna recorrió la celda y se deslizó veloz sobre el montón de sábanas que le cobijaban. Apenas pudo escuchar las voces de los visitantes bajo el estrépito de las sirenas.

-Aquí no hay nadie...

-¡Vamos, vamos...! Sólo nos quedan cinco minutos... ¡Daos prisa!

Pasaron de largo, y unos minutos después, de repente, el ruido cesó y dio paso al hermoso silencio. Sus oídos descansaron y su mente se sumergió de nuevo en las simas del delirio.

Tras un tiempo indeterminado (sospechaba que de varios días), su mente recobró cierta lucidez pasajera. Se palpó el cuerpo en la oscuridad: pellizó los pellejos de carne de su antebrazo, donde antes había músculo, y recorrió con la mano el costillar, en el que podía contar las piezas sin apenas esfuerzo. Ya no sentía hambre, pero sí una inmensa debilidad. Reparó en el hedor que despedían las sábanas: se había hecho todo encima, como un bebé. Al sentir como extraña la propia boca, se palpó un colmillo: dejó de hacerlo al comprobar que apenas oponía resistencia a ser arrancado. Se le había partido una uña, pero no le dolía. Con gran esfuerzo, trató de salir del camastro, pero ya no tenía fuerzas. Era inútil: estaba demasiado débil, demasiado hambriento, y los delirios no tardarían en regresar... No podría cumplir la promesa que había hecho a Roman Zar. Tiritaba al sentir de nuevo el frío, esta vez un frío extraño, que parecía surgir de su interior. El fin se acercaba. Sentía algo peor que el hambre, algo para lo que no existía ningún nombre.

Sacando fuerzas de la nada, acomodó el costado en el camastro, cambiando de posición: iba a ser su lecho de muerte. Debía prepararse para el final. Se recostó y, mientras las tinieblas se oscurecían, notó un frío que, como el veneno, recorría sus venas. Figuras absurdas surgieron de la oscuridad. Al fin, estaba loco.

Ya sólo quedaba esperar la última visita.

La luz del sol entró sin piedad, exuberante e hiriente, cuando parte de la pared se derrumbó. El brazo articulado de la excavadora arremetió de nuevo y el muro cedió completamente. El operario se disponía a proseguir con su tarea cuando, tras la nube de polvo, distinguió un bulto sobre uno de los camastros. Tras vacilar unos instantes, se quitó la mascarilla, bajó de la cabina y caminó sobre las montoneras de escombros. Se acercó al bulto del camastro,

sobre el que ahora reposaba el polvo:apestaba. Quizá se tratara de algún animal muerto. Con la mano enguantada, retiró parte del polvo. Sábanas. Ya sabía qué tocaba después, y lo temía de verdad, porque la forma alargada del bulto revelaba que debajo había un cadáver. Ya le había pasado antes. Haciendo de tripas corazón, levantó las sábanas.

Volvió la cara, en un acto reflejo, tapándose la boca y la nariz con la mano ante lo repugnante de la visión y del golpe de pestilencia. No tenía que haberse quitado la mascarilla. Volvió a mirar de reajo. En efecto, se trataba de un cadáver en un estado lamentable: la tez amarillenta, los labios amoratados, la boca abierta con las encías marcadas, una delgadez extrema como sólo había visto por televisión. Pobre hombre.

Habría que avisar a la policía y suspender los trabajos de desescombro. Perderían al menos cuatro horas. Bueno se iba a poner el capataz.

Que se joda, pensó.

De repente, el cadáver exhaló un ruido extraño. Había sido como una tos baja, tal vez solo una respiración, nada normal en un cadáver, desde luego. Con fastidio y miedo, se acercó a lo que quedaba de rostro. Puso su oído sobre la boca;apestaba. Cerró los ojos.

Oyó un hilillo de respiración; como mucho, sólo serían dos horas de trabajo perdido.

Yor despertó a principios de enero en la cama de un hospital. En ese instante, la mujer sentada a su derecha que le agarraba la mano comenzó a llorar, aunque Yor no sabía muy bien si lo hacía de alegría o de tristeza. Supo luego que había una mezcla de ambas, y que era su esposa.

Al rato, fue apareciendo más gente. Todos mostraban una gran emoción y se reconfortaban entre sí. Le miraban asombrados: no podían creer que hubiera vuelto a la vida. Yor tampoco. No sabía donde se encontraba; tal vez en el más allá, aunque eso no era precisamente lo que uno espera encontrar en esa clase de sitios. Se acercó una niña, de no más de doce años, y se puso a llorar a los pies de la cama, también con esa mezcla de alegría y tristeza. Era su nueva hija, pero por lo visto tenía dos hijos más, uno de diez y otro de seis años. Y una abuela, unos padres, tres

hermanos, una suegra, un suegro, dos cuñadas, cinco sobrinos, once primos, ocho amigos, seis compañeros de trabajo, cinco vecinos, un compañero de mili, dos amigas de su hija y un perro. Todos felices por su resurrección. Aunque, al mismo tiempo, parecían cansados y tristes: debían haber sufrido durante mucho tiempo.

Le llamaban José, de apellido Zúñiga. Yor no les quiso sacar de su error; al contrario, prefería callar y decir que sí a todo lo que le decían, aunque no entendiera nada de lo que le estuvieran contando. Cuando ellos sonreían, él sonreía, y a veces hasta llegaba a lanzar grandes carcajadas. Normalmente, con eso bastaba.

Poco a poco fue mejorando, sobre todo gracias a la comida, aunque no tenía demasiado apetito. Se sentía mejor y deseaba salir de allí. A solas, probaba si se podía mantener de pie: un día, a duras penas, lo logró. Pero aún le costaba andar. Seguía teniendo en mente la fuga.

Una tarde, llegó un hombre que decía conocerle desde hacía mucho tiempo. Era su psicólogo. Le dijo a Yor que quería hablarle sin rodeos. Empezó haciéndole extrañas preguntas sobre el pasado, que Yor prefirió no contestar, algunas tan evidentes como “¿Cuál es tu nombre, José?”. Sólo entonces no pudo evitar mantenerse callado:

-Me llamo Yor.

El psicólogo le interrogó sobre ese nombre, pero no le arrancó ninguna información. Yor no colaboraba; ya tendría tiempo, cuando estuviera libre, de revelar al nuevo mundo los débiles pilares en los que estaba sustentada su enorme mentira.

-José, debes contestar. Hay mucha gente que te quiere, y esta actitud tuya les hace sufrir. Debes contarnos qué te pasa y qué te ha pasado. Es por tu bien.

Yor no decía nada. El psicólogo sacó una libreta.

-Cuando recuperes las fuerzas te trasladaremos al psiquiátrico. Vas a volver, José. Espero que allí sí me cuentes todo. No sé si será lo mismo de lo que solíamos charlar –ojeó la libreta-: las tres guerras maquinistas, Robotaco AJ-46 el rebelde, Paul Lucio, Kelonida Viano creadora del mundo moderno, Mozano de Titán el ermitaño... ¿Los recuerdas, José?

Yor permaneció callado, pero en su rostro se reflejaba el miedo a volver al psiquiátrico ministerial y la sorpresa de escuchar esos nombres del viejo mundo. Tal vez los técnicos del Ministerio de Dinámicas Históricas se habían percatado de que él no había pasado por la máquina de hipnosis, y ahora traían a este tipo para vigilarle y llevarle de nuevo al Ministerio.

El psicólogo se despidió y salió de la habitación. La puerta quedó entreabierta y vio que su nueva familia comenzaba a hablar con el psicólogo. Yor, haciendo un gran esfuerzo, logró levantarse y andar por primera vez, con pasos torpes, para acercarse a escuchar sin ser visto. Oía la voz del psicólogo:

-... por lo poco que le he sacado, me temo que sufre lo que denominamos fuga disociativa. No parece reconocerlo porque sufre la amnesia habitual de un esquizofrénico fugado, y más en las condiciones que estaba. También es corriente en un caso de fuga disociativa que el enfermo esté confuso respecto a su identidad, y que incluso llegue a asumir una nueva. Tu marido me ha dicho que se llama Yor o algo parecido -la esposa comenzó a llorar-. También le he hablado sobre sus antiguas fantasías paranoides de ciencia-ficción, toda esa historia de guerras y máquinas, y por la cara que ha puesto creo que aún lo recuerda. Pero ahora está confuso y despistado. Hablaré con el psiquiatra para empezar cuanto antes el tratamiento con psicofármacos.

Yor pensaba huir, pero ¿adonde? Desechó tal posibilidad, entre otras cosas porque aún estaba débil. Había algo que tenía claro: prefería la muerte a volver al Ministerio.

Poco a poco, con lo que le iban diciendo los familiares, amigos y médicos, fue rehaciendo su falsa identidad en el nuevo mundo: José Zúñiga, treinta y siete años de edad, casado y con tres hijos, residente en Canillejas, Madrid. Trabajaba en un bar, negocio familiar. Aunque hace tiempo que su mujer y su cuñado tiran del negocio, porque ese tal José Zúñiga ha tenido muchos problemas de salud en los últimos años. Salud mental. Esquizofrenia paranoide: trastorno en el procesamiento de la información, en la percepción sensorial y en el pensamiento debido a una deficiencia de la transmisión y de la adaptación de los impulsos nerviosos. Dificultad para distinguir la fantasía de la realidad. Vale, una identidad perfecta para subsanar el “desliz” que

habían tenido con él. Sufrió la primera crisis a los treinta y dos años. Con medicación e internamientos periódicos, había logrado convivir con la enfermedad. Trabajaba en el bar a rachas. Hace cinco meses le internaron de nuevo en el psiquiátrico. Un mes más tarde, en una salida a un museo, se escapó. Le estuvieron buscando por todas partes, e incluso repartieron carteles con su fotografía. Hace dos meses, cuando ya le daban por muerto, José apareció, milagrosamente, durante los trabajos de demolición de la vieja prisión. Estaba recostado en el camastro de una celda. Su estado físico era lamentable; se encontraba al borde la muerte, hambriento y deshidratado.

Ese era José Zúñiga. Pero él era Yor, el ministro de la Salud Mental, y seguía con su plan de ver, oír y callar: proseguían las visitas y la amenaza de volver al psiquiátrico. Se sentía vigilado por todos. Con los nuevos medicamentos que le obligaban a tomar se sentía extraño. Pero lo peor fue mirarse al espejo por primera vez. El reflejo fue un hombre envejecido y delgado hasta el extremo, escuálido, con los pómulos marcados en una cara repleta de arrugas, las mejillas inexistentes, el pelo poblado de canas, escaso, y lo peor de todo, los ojos hundidos con una mirada triste, cansada y desquiciada... la mirada de un loco, pensó. Su hija le dijo que su aspecto había mejorado muchísimo desde que le encontraron. Ese comentario le pareció, no supo por qué, divertido. No pudo evitar soltar una carcajada.

Su principal afán era aprender cosas sobre el nuevo mundo, y sin duda el mejor medio de conocimiento era una máquina: un televisor que colgaba de la pared. Vencido su temor antimecanicista, descubrió hasta qué punto habían logrado transformar la realidad para convertirla en algo totalmente irreconocible. Por fin entendía todas esas explosiones: la antigua capital había sido demolida y ahora la denominaban Madrid. Por lo que había visto en televisión, apenas quedaban unos pocos edificios del viejo mundo; resultaba gracioso comprobar cómo hacían pasar por monumentos centenarios a edificios de apenas cuatro meses de antigüedad.

Le inquietó aún más descubrir cómo habían ingeniado una falsa Historia del mundo basada en las locuras de los encerrados en la galería uno del Ministerio de la Salud Mental. Napoleón,

Julio César, Cleopatra, Goya... todos estaban ahí. Incluso habían fundado una religión a partir de quienes decían ser Jesucristo. Demostraban un sentido del humor bastante mordaz.

En el televisor, los mensajes ministeriales de hace sólo unos meses habían sido sustituidos por otros de carácter más frívolo: “suavidad en tu piel”, “comer bueno, comer sano”, “tiramos los precios”, “bebe Coca-Cola”... le parecían absurdos. Tal vez en eso residía su encanto.

El día del traslado al psiquiátrico fue largo y angustioso. Temía volver al Ministerio, tanto que apenas disfrutó de su primera visión del nuevo mundo sin la televisión de por medio: consideraba la opción de intentar huir. Los demás percibieron su temor, pero lo achacaron a uno de sus habituales cambios de temperamento. Cuando llegaron, sin tiempo para decidirse a emprender la huida, Yor se tranquilizó al comprobar que se trataba de otro psiquiátrico que poco tenía que ver con la galería cuatro. Estaba situado en mitad de la naturaleza, lejos del bullicio de la ciudad. Allí todos parecían conocerle, lo que no dejaba de ser agradable, algo que mitigaba, en alguna medida, el alejamiento de su familia, a la que había tomado cariño y a la que ahora sólo podría ver durante las visitas de fin de semana. También tendría, a partir de ese momento, una hora de charla diaria con el psicólogo que conoció en el hospital. Los primeros días se trató más bien de un monólogo porque, como dijo Roman Zar, Yor no era idiota: sabía guardar un secreto, y más aún ante el psicólogo, que de vez en cuando volvía a temas del viejo mundo, como los viajes interplanetarios o las tres guerras antimecanicistas; sabía algo.

No dejaba de ser curioso contemplar el mundo del revés: los que vivían la falsa ilusión de realidad eran los cuerdos, y los que vislumbraban la verdad eran los locos. Por ejemplo, oía a algún paciente decir cosas que, en otros tiempos (décadas atrás), podían haber sido perfectamente ciertas, como haber nacido en Marte; ahora, en cambio, esas ideas eran la causa de un encierro. Otros destapaban conspiraciones y poderes en la sombra, descubriendo agudamente las inmensas mentiras que sustentaban el nuevo mundo. En cambio, lejos de ser sabios, eran tratados como enfermos.

Allí, todos querían averiguar cómo era posible que hubiera aparecido en una cárcel abandonada, pero Yor se limitaba a decir que no recordaba nada, lo que también le ayudaba a esconder las enormes lagunas de conocimiento que tenía sobre el nuevo mundo y su propio pasado falso. Había infinidad de objetos cuyo nombre y función desconocía, en especial las máquinas, que aún le imponían respeto, y apenas tenía nociones sobre la Historia o la Ciencia del nuevo mundo, o sobre las celebridades de la televisión que poco a poco iba conociendo. Era como un bebé nacido adulto, dotado de raciocinio y del don de la palabra, pero desconocedor de los más elementales rudimentos del mundo que le rodeaba. Su psicólogo afirmaba que esa clase de amnesia postraumática era usual, así que no le resultaba difícil seguir disimulando.

Gracias a la televisión y a sus compañeros de psiquiátrico, fue aprendiendo infinidad de cosas. De sus compañeros, le sorprendió que no tuvieran prejuicios hacia él. Todos tenían sus cosas, pero ninguno le juzgaba; al contrario, le ayudaban junto a los terapeutas y a los monitores a aprender las tareas de los talleres, como pintar, tallar la madera, cuidar del huerto, la serigrafía o la informática, en la que era especialmente torpe. También aprendió a practicar deportes como el fútbol o el baloncesto. Estuvo especialmente orgulloso de su actuación en una obra de teatro titulada “Romeo y Julieta”, en la que hizo de miembro de la familia Capuleto; no tenía texto pero su nueva familia vino a verle, y les saludó desde el escenario, lo que les hizo mucha gracia.

Un día, justo ocho meses después de entrar en el psiquiátrico, el psicólogo le llamó a su despacho. Le dijo que, a pesar de no haberse recuperado completamente de la amnesia, le veía capacitado para intentar hacer una vida más o menos normal. Su esquizofrenia paranoide había mejorado notablemente: José -Yor- tenía por fin un vínculo sólido con la realidad, según dijo. Eso sí, nunca debía dejar de tomar sus medicamentos a no ser que así se lo indicara su psiquiatra.

Tenía el alta médica. Su paciencia y su silencio al fin daban frutos.

La noche antes de salir sintió pena y alegría a la vez. Pena por abandonar a toda la gente que había conocido allí dentro, incluido el psicólogo, que tanta paz había traído a su mente

maltrecha. Y alegría por salir al exterior y disfrutar la libertad: no había olvidado que su misión era descubrir a todos la verdad.

Camino a su casa, contempló más creaciones del nuevo mundo: el tráfico atestado de vehículos, el ruido continuo de la calle, los escaparates indecentes exhibiendo su mercancía, las aceras en continuo caos, edificios de cristal y piedra... incluso el olor del nuevo mundo era distinto.

Su mujer le cogía la mano con cariño. Era agradable.

-Ese es el Palacio Real. Es muy antiguo -dijo su hija. Yor no quiso sacarla de su error.

Su casa se encontraba en un barrio humilde de edificios de ladrillo. Jamás había visto nada igual. Su nuevo hogar tenía tres habitaciones (los dos pequeños tenían que dormir juntos), suelo de parquet y paredes de color amarillo pálido. En el salón había un televisor, el más grande que había visto jamás. Le pareció perfecto. Su mujer le trajo un álbum de fotos, toda una vida, primero en blanco y negro, luego en color: de niño, en una playa junto a su madre, ya era delgado; su primera comunión, el primer coche, en el equipo de fútbol con los amigos, la boda, el nacimiento de su hija... Una obra maestra de la falsificación realizada por los técnicos del Ministerio de Dinámicas Históricas. Se imaginó cientos de fotografías por cada ciudadano del antiguo estado: una labor colosal.

-¿Te acuerdas? -preguntó la mujer señalando una de las fotos. No lo recordaba, pero asintió. Ojalá pudiera recordarlo.

Todos estaban contentos, y él también. No cesaron las visitas durante todo el día y el alboroto fue continuo, aunque él, como siempre, prefirió permanecer callado. Achacaban su silencio a la avalancha de emociones que había sufrido en unas pocas horas.

Y, en efecto, también era un día emocionante para Yor, porque sentía el calor reconfortante del amor, un amor que, aunque falso y producto de la hipnosis, era amor al fin y al cabo. Si hubiera sido verdadero, todo sería mucho más fácil, pero aún así era mejor que nada.

Tras la cena, estuvo un rato sentado solo en el sillón. De repente, se acordó de su antigua vida de funcionario en el Ministerio de Estadística, viviendo en un piso de una única habitación, y también su penoso paso por el Ministerio de la Salud Mental. Esos recuerdos, aunque verdaderos, dolían mucho más que los falsos.

Fue cambiando de canales: cantantes, concursos, debates, insultos, una persecución de coches... Ya no estaba solo; su mujer se recostó a su lado apoyando la cabeza sobre su hombro. No dijo nada.

Siguió cambiando de canales. La televisión era un gran invento. De repente, se dio cuenta de que su mujer se había quedado dormida. Sentía la respiración profunda del que duerme. Y recordó la promesa a Roman Zar: la verdad debía mostrarse. Tarde o temprano.

Acarició la mejilla de su mujer muy despacio. No quería despertarla. Notó como su mano temblaba. Observó los labios: deseaba besarlos.

Hubo un corte a publicidad. Los labios...

La verdad debía mostrarse. Tarde o temprano.

“Cuanto más tarde, mejor” pensó José Zúñiga mientras besaba a su esposa dormida.

Unos años después, José Zúñiga vivirá más o menos igual. Unos días serán mejores que otros, como para todo el mundo, y quizá sienta en algún momento que roza ese estado tan voluble denominado felicidad. Habrá vuelto a su trabajo en el bar, y para conseguirlo habrá aprendido el oficio desde cero. Su hija tendrá novio, su mujer le seguirá queriendo, podrá ver noventa canales de televisión por satélite y se reunirá en el bar con los amigos del barrio para echar la partida. No se encontrará con Roman Zar, pero tal vez sí con alguien que se le parezca mucho. Sentirá miedo, porque en su cabeza habrá operado su propia máquina del olvido. Y no dirá el nombre, porque será incapaz de recordarlo -Ava Lin-, y aunque lo recuerde, tampoco querrá. Tal vez todo vaya tan bien que piense que está curado, y hasta abandone los medicamentos por su cuenta.

En esos años, el mundo no habrá ido a mejor. Hambrunas en el tercer mundo, guerras, virus desconocidos, terrorismo, racismo, paro, conflictos sociales, depresiones y bajas laborales por enfermedades psiquiátricas, desastres naturales y artificiales...

Quizá venga un verano especialmente caluroso: si ocurriera, todos los habitantes de la ciudad harían bien en huir a la costa. También la familia de José. Entonces tendría que quedarse solo, trabajando en el bar. Puede que un día llegue una carta a su buzón. “Debe personarse en el psiquiátrico para una revisión rutinaria”. Y así lo haría, si llegase.

Le ingresarían y terminaría en una celda atestada de pacientes. Por supuesto, no diría nada del viejo mundo: podrían pensar que está loco. Loco de verdad.

Tarde o temprano, seguro que vendrán a visitarle a su celda en mitad de la noche. Lo que no hicieron en el pasado, lo harán ahora. Con el cuerpo paralizado pero con la mente lúcida, le arrastrarán hasta una sala parecida a un quirófano. Tumbado en una camilla acolchada, una máquina descenderá del techo y una espiral empezará a girar ante sus ojos, cada vez más deprisa.

José se quedará profundamente dormido.

Tal vez una sirena aguda y estruendosa le despierte en un sitio completamente desconocido, con gente desconocida. Pero, de un modo tan repentino como extraño, sabrá perfectamente quiénes son y dónde está.